

# Envejecimiento, recursos económicos y servicios sociales en el mundo rural

BENJAMÍN GARCÍA SANZ\*

## RESUMEN

Más de una cuarta parte de los mayores de 65 años españoles reside en pueblos rurales. Estos mayores representan en torno a una quinta parte de la población rural, llegando en algunos municipios hasta la mitad. El análisis del envejecimiento en España obliga, por tanto, a prestar atención a los mayores rurales y a los entornos en los que viven. El diseño de políticas públicas específicas para este colectivo puede favorecer no sólo su permanencia en los pueblos, sino también que estos últimos se conviertan en polo de atracción para otros mayores que buscan unas condiciones de vida que las ciudades a menudo no pueden ofrecer. Idealmente, estas políticas públicas han de responder a los problemas que más afectan a los mayores rurales, pero teniendo en cuenta tanto sus preferencias de vida y cuidado personal, como el potencial de recursos de diverso tipo que pueden generar las comunidades rurales.

ellos y, en mayor o menor medida, responden a demandas de los mayores que envejecen en ese medio.

En este trabajo se plantean una serie de cuestiones relacionadas con el envejecimiento en el medio rural, tomando como punto de partida el siguiente argumento: a la hora de estudiar el fenómeno del envejecimiento en España y sus implicaciones, es preciso prestar atención al ámbito rural no sólo porque la concentración relativa de mayores en él es en la actualidad notablemente más elevada que en medios urbanos, sino también porque los pueblos pueden atraer a muchos mayores en busca de unas condiciones de vida difíciles de encontrar en las ciudades, contribuyendo de este modo a la dinamización de una parte importante de la economía y la sociedad españolas. Desde esta premisa, en la sección que sigue a esta introducción se exponen algunos indicadores de envejecimiento en el medio rural, más acusado que el envejecimiento general del país. A continuación se apuntan algunas de las diferencias fundamentales entre el envejecimiento en el medio rural y en otros entornos. La cuarta sección ofrece un análisis de la situación económica de los mayores rurales, y en la última se plantean diferentes argumentos sobre los servicios sociales a los que los mayores rurales deberían poder acceder para satisfacer sus pretensiones, que, con frecuencia, no son otras que envejecer en el medio en el que siempre, o casi siempre, han vivido, rodeados de los suyos; o bien pasar la etapa final de sus vidas en el entorno que han elegido libremente en virtud de razones que consideran importantes para alcanzar su bienestar en la vejez.

## 1. INTRODUCCIÓN

Mucho han cambiado los pueblos españoles en los últimos años. Y también lo ha hecho la percepción del envejecimiento y la toma de posición ante este hecho inevitable. Los pueblos rurales, si bien todavía se hallan lejos de alcanzar los estándares de vida de los pueblos grandes o las ciudades, han mejorado sensiblemente en cobertura económica, equipamientos, saneamientos, transporte, y, en general, en todo tipo de servicios que aumentan la calidad de vida de quienes residen en

\* Departamento de Sociología II, Universidad Complutense de Madrid (bgarcia@cps.ucm.es).

## 2. MAYORES Y MAYORES RURALES

En pocos años, los mayores españoles han pasado de un porcentaje relativamente bajo sobre la población total a superar el 17 por cien (7,7 millones de mayores, según el Padrón municipal de 2009). A pesar de haberse ralentizado la tendencia al envejecimiento por el aumento de la población joven como consecuencia de la inmigración, el grupo de mayores sigue creciendo. Pero esta tendencia no se encuentra todavía en su peor momento, puesto que en la actualidad están llegando a la jubilación las cohortes nacidas en torno a la guerra civil, poco abundantes o “huecas”. El envejecimiento se intensificará ostensiblemente en los próximos años y, sobre todo, cuando lleguen a los 65 años las copiosas cohortes nacidas a partir de finales de los años cincuenta (los denominados *baby boomers*) al calor del por entonces incipiente desarrollo económico español. Serán estas generaciones, que empezarán a jubilarse en torno al año 2020, las que acelerarán el proceso de envejecimiento poblacional español, incrementando mucho el número y la proporción de los mayores. Probablemente la llegada masiva de inmigrantes jóvenes extranjeros encubra algo este aumento, frenando temporalmente la tendencia al envejecimiento; no obstante, ni los analistas más optimistas aventuran un largo recorrido a esta concepción del proceso demográfico.

El envejecimiento ha afectado especialmente a los pueblos rurales. Los mayores rurales se elevan a algo más de 2,1 millones, es decir, representan en torno al 27 por cien sobre el total de mayores (téngase en cuenta que el porcentaje de la población rural española sobre la población total es cinco puntos porcentuales menor). La tasa de mayores rurales sobre la población rural se sitúa, según datos del Padrón municipal del año 2009, en el 21 por cien. Esta es una cifra media: en los pueblos rurales del interior, marcados por la emigración a las grandes ciudades desde hace décadas y con menor afluencia de inmigrantes, se registran proporciones mucho más altas, de en torno al 30 por cien; y en los pueblos de menos de 500 habitantes, el porcentaje correspondiente se acerca a menudo al 50 por cien. No sin razón a los habitantes de los pueblos rurales más pequeños se les oye con frecuencia exclamar: “Aquí solo quedamos viejos”.

Al peso demográfico que supone el grupo de mayores rurales sobre la población total, hay

que añadir su estructura y su esperanza de vida. Las estadísticas señalan un cierto repunte de la esperanza de vida de los mayores rurales, lo que agudiza aún más el proceso de envejecimiento en el medio rural.

## 3. CARACTERÍSTICAS DIFERENCIALES DE LOS MAYORES RURALES

Como se ha puesto de manifiesto en otros trabajos<sup>1</sup>, el mayor rural vive en una situación muy distinta de la del mayor urbano y, por tanto, se enfrenta a unos problemas específicos y demanda respuestas en sintonía con sus problemas. Conocer de qué manera se envejece en los pueblos rurales y, sobre todo, los perfiles de la demanda social cuando se llega a esta situación exige prestar atención a la composición del colectivo de los mayores, atendiendo a las diferencias de género, edad, estado civil, formación, composición de los hogares y movilidad, así como también a las características de la vivienda. En esta sección se exponen algunas de las principales diferencias entre los colectivos de los mayores rurales y urbanos, así como en el seno del colectivo rural, a partir de diversas fuentes estadísticas. La sección cuarta recoge información adicional sobre estas características diferenciales proporcionada por encuestas de opinión pública<sup>2</sup>.

### Un envejecimiento algo menos feminizado

Se constata, en primer lugar, que la población mayor, en general, está muy feminizada debido al comportamiento desigual de la mortalidad. Mueren más hombres que mujeres, diferencia que se manifiesta de forma nitida en la generación de los mayores. El conjunto de la población mayor española registra una media de 74 varones por

<sup>1</sup> Por ejemplo, García Sanz (1998, 1999 y 2001), así como García Sanz y Saco (1997), Bazo y García Sanz (2004) y García Sanz y Martínez Paricio (2005).

<sup>2</sup> La caracterización general del mayor rural se basa en los datos proporcionados por el Padrón municipal de 2009 (eventualmente el Censo de 2001) y la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) efectuada por el Instituto Nacional de Estadística ([www.ine.es](http://www.ine.es)). Los datos de encuesta han sido extraídos fundamentalmente del estudio 2647 del CIS (septiembre de 2006, “Condiciones de vida de las personas mayores”). Esta encuesta se realizó mediante convenio con el IMSERSO a una muestra de 3.500 personas de ambos sexos de 65 años o más ([www.cis.es](http://www.cis.es)).

cada 100 mujeres. Ahora bien, esta diferencia se atenúa en el mundo rural debido a los problemas de masculinización que afectan a la población joven. En efecto, a medida que se sube en la escala de la ruralidad, aumenta la proporción de varones sobre mujeres, aunque en ninguno de los estratos se llegan a igualar. En los pueblos más pequeños, los que tienen menos de 100 habitantes, por cada 10 mujeres se cuentan 9,2 varones; la proporción va disminuyendo en los estratos con mayor población hasta alcanzar el número más bajo, 7,8 varones por cada 10 mujeres en los pueblos comprendidos entre 5.000 y 10.000 habitantes. Esta relación de géneros en la composición de la población rural es, en buena medida, el resultado de la emigración, que afectó más a las mujeres que a los hombres. Con todo, la población mayor rural está también feminizada, aunque menos que la urbana.

Otro rasgo de distinción marcado entre los mayores rurales y urbanos es el nivel de estudios alcanzados. En la España rural tradicional apenas se encuentran mayores que posean credenciales educativas, aunque sean de enseñanza primaria, pero tampoco es corriente encontrar a gente que desconozca “las cuatro reglas”, es decir, que no sepa leer ni escribir. Los mayores rurales suelen tener una formación más compensada, con un menor porcentaje de analfabetos y, también, de universitarios. En cambio, en las ciudades la formación se halla mucho más polarizada, con un grupo minoritario que no ha tenido acceso a ninguna formación, y otro que ha podido alcanzar títulos universitarios. Hay que destacar asimismo la escasa diferencia existente entre la formación de hombres y de mujeres rurales, muy concentrada en los estudios de primer grado.

#### Viejos más viejos, más solteros y con estudios más nivelados

El mundo rural se caracteriza no sólo porque hay más personas mayores, sino también porque estas últimas tienen, en conjunto, más años. Por debajo de 80 años, el porcentaje de mayores urbanos es del 79 por cien, tres puntos más que el de los mayores rurales, que suponen el 76 por cien. Por tanto, los individuos de 80 o más años representan casi una cuarta parte de todos los mayores rurales. Importa asimismo destacar que nada menos que un 33 por cien de los que cuentan 80 o más años residen en el ámbito rural, porcentaje que es todavía dos puntos más alto cuando se refiere a los que tienen, o han sobrepasado, los noventa años. Este es un colectivo a menudo físicamente dependiente y, por tanto, muy necesitado de ayuda individual y social.

Por otra parte, si bien tanto en el medio rural como en el urbano son mayoría los mayores casados, se aprecian algunos cambios importantes en el estado civil. En los pueblos rurales aumenta el número de solteros y disminuye el de viudos. El incremento de la soltería es ya tradicional, sobre todo entre los varones por las dificultades que han tenido muchos de ellos para contraer matrimonio. Entre las mujeres, el problema se ha mitigado, aunque la soltería también ha tendido a ser algo mayor que en la ciudad. Por el contrario, en el mundo rural resulta mucho más difícil recomponer una nueva relación una vez que se ha roto la primera, bien por la muerte de uno de los cónyuges, bien porque ha mediado la separación o el divorcio.

#### Mayores rurales y familia

La importancia de la familia española en la provisión de bienestar es bien conocida y ha sido ampliamente documentada<sup>3</sup>. En consonancia con ello, la demanda de servicios sociales por parte de los mayores depende crucialmente de su situación familiar. Conviene, por tanto, conocer esta última para valorar hasta qué punto se precisan tales servicios. Si hasta hace pocos años en el mundo rural predominaba la familia numerosa, con más de cinco miembros, en la actualidad aumentan los hogares unipersonales y se reduce el resto (Alberdi 1999; Iglesias de Ussel 2005). En los pueblos muy pequeños, casi uno de cada cinco hogares está compuesto por personas solitarias, proporción que va mejorando una vez que aumenta el número de habitantes.

El análisis de la situación familiar de los mayores rurales permite trazar varios modelos. El primero se refiere a hogares con dos miembros, al menos uno de los cuales tiene 65 o más años. Este es el modelo más general: engloba al 42 por cien de los hogares rurales. El segundo modelo en importancia es el de los hogares de mayores integrados por una sola persona, ya sea hombre o mujer; el tercero se refiere a hogares con tres adultos, con o sin niños. Tras estos tres modelos se sitúan otros tipos de hogares rurales (los compuestos por dos adultos no mayores sin menores, los de cuatro adultos, con o sin menores, y los de

<sup>3</sup> Por ejemplo, Pérez-Díaz, Álvarez-Miranda y Chuliá (1999).

cinco o más adultos con o sin menores). Enfocando la atención en los hombres mayores, se aprecia su menor presencia en hogares unifamiliares y su mayor presencia en hogares de dos o tres adultos sin menores; entre las mujeres, su presencia es mayor en los hogares unifamiliares y de más de tres miembros.

Si bien no se han identificado grandes diferencias entre el modelo de hogar del mayor rural y urbano, sí se aprecian al introducir la variable género. En efecto, los hombres rurales parecen vivir una vida más solitaria que sus homólogos urbanos. De hecho, el porcentaje de los que viven solos supera al de los que viven en hogares de dos miembros. Es probable que el mayor rural que se queda viudo tenga menos posibilidades, o menos interés, en formar nueva pareja o casarse; situación diferente se observa entre los mayores urbanos, que cuentan con más facilidades para encontrar pareja y afrontan, por lo general, menor presión social en este sentido. En cambio, las mujeres mayores mantienen condiciones muy similares de estructura de hogar en el medio rural y urbano. En el primero, un 26 por cien forman hogares solitarios, porcentaje sólo un punto más alto entre las mujeres urbanas. No se advierten diferencias en los hogares de dos personas que, en uno y otro hábitat, suponen el 39 por cien, y sólo se observa una pequeña diferencia con respecto a los otros hogares. Las mujeres rurales suelen convivir en hogares más pequeños, con menos miembros, quizás porque en el mundo rural hay menos niños.

Desde otra perspectiva, las familias de los mayores rurales son algo menos numerosas que las de los mayores urbanos (2,21 miembros frente a 2,30). Lo normal es vivir con el cónyuge. En cuanto a los hijos que viven con los padres, predominan las hijas, solteras, con edades que superan los 35 años. Llama la atención el porcentaje más alto de personas que viven solas, a cuya explicación probablemente contribuye el hecho de que la esperanza de vida en el ámbito rural es también algo mayor.

**Mayores rurales y recursos económicos**

Los recursos económicos de los mayores proceden fundamentalmente de la percepción de pensiones de jubilación (más del 50 por cien) o de viudedad (entre el 15 y el 20 por cien). Entre las mujeres mayores, buena parte de ellas se dedican a las tareas del hogar y no disfrutan de una pen-

sión propia. Por otra parte, un grupo pequeño (que representa el 2-3 por cien de los mayores) sigue trabajando. Si se analizan estas situaciones según la ubicación rural o urbana, aparecen ciertas variantes. En conjunto, no cabe afirmar que los mayores rurales estén menos protegidos que los urbanos. Ciertamente, hay menos pensionistas de viudedad, y más de jubilación; también es mayor el número de personas que se dedican al cuidado del hogar, aunque no estén desprotegidas económicamente. Por supuesto, las rentas de los mayores rurales, tanto las que provienen de la pensión como de otras fuentes, son muy importantes, pero es claro que el mundo rural no vive de estos recursos. Según la Encuesta sobre Condiciones de Vida (ECV) del año 2006, los hogares de mayores, que representan el 34,5 por cien de todos los hogares en el mundo rural, aportan el 24 por cien de la renta rural. Ello implica que, en los pueblos, los hogares encabezados por mayores tienen una renta significativamente más baja que los hogares encabezados por personas no mayores. La diferencia se estima en un 31 por cien según esta misma fuente de datos. Mientras un hogar rural tiene una renta media anual de casi 20.500 euros, los encabezados por personas de 65 o más años disponen de sólo algo más de 14.000 euros.

Al analizar la procedencia de los ingresos de los mayores rurales se observa que el 75 por cien de dichas rentas provienen de las pensiones de jubilación. Se aprecia asimismo en estas cuestiones una cierta discriminación entre hombres y mujeres, tanto en lo que se refiere al sustentador principal, como a las rentas que generan. Los hogares de mayores rurales varones aportan el 67 por cien de la renta de los mayores. Sin embargo, los hogares cuyo sustentador principal es un hombre, suponen el 61 por cien de todos los hogares. La conclusión es clara: mientras un hogar cuyo sustentador principal es un varón aporta una media de ingresos de 15.682 euros, cuando la sustentadora principal es una mujer mayor, los ingresos descienden hasta 11.700 euros, un 34 por cien menos.

La situación no cambia si, en lugar de los ingresos por hogar de las personas mayores, se toman los ingresos personales de cada mayor. La diferencia incluso aumenta. Un mayor rural tiene unos ingresos de 7.723 euros al año frente a 10.763 de que dispone una persona de 18 años o más residente también en un entorno rural (39 por cien menos). En este caso, también se mantienen las diferencias entre hombres y mujeres, si bien

algo más atenuadas: la media de ingresos de los varones mayores rurales asciende a 8.664 euros, aproximadamente 2.000 euros más que la media de las mujeres mayores rurales (por tanto, en torno a un 30 por cien menos que los varones).

Ahora bien, la situación económica de los mayores no es la misma en todas las comunidades autónomas. Ni lo es respecto a los ingresos de los hogares, ni lo es respecto a los ingresos personales. Hay comunidades en las que los ingresos de los hogares de los mayores superan ampliamente la media, destacando los casos de Navarra, Baleares, el País Vasco, Cantabria y Cataluña (cuadro 1). Se observa asimismo un largo recorrido entre los mayores que más ingresan por hogar y los que menos. La máxima corresponde a Navarra (22.343 euros) y la mínima, a Andalucía (11.153 euros), casi exactamente la mitad. A la luz de los datos se pueden establecer tres modelos de ingresos de los hogares de mayores: el de las comunidades "ricas", como las arriba citadas; el de las comunidades "pobres", como Andalucía, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Extremadura, la Comunidad Valenciana y Murcia, y el intermedio, en el que quedarían incluidas las comunidades de Aragón, Asturias, Canarias, Galicia y La Rioja. Sorprende el caso de Madrid, que se encuentra entre las comunidades en las que los hogares de mayores rurales disponen de una menor cuantía de ingresos.

Comparando los ingresos por persona mayor, se reducen las diferencias, pero también cobran forma tres modelos, si bien no exactamente solapados con los anteriores. Ocupan los puestos más altos en esta escala Baleares, Navarra, el País Vasco y Cantabria (como en el modelo anterior), pero también Aragón y Asturias; el modelo de ingresos más modestos reúne a Madrid, Murcia, Andalucía y Canarias; y el modelo intermedio, al resto de comunidades. Respecto a los ingresos por jubilación es preciso hacer una matización. Los que menos perciben son los mayores de la Región de Murcia (6.255 euros), y los que más, los de Baleares (11.093), un 77 por cien más. Próximos al modelo balear se encontrarían los navarros, vascos, asturianos y aragoneses; y al modelo murciano, los madrileños, andaluces, valencianos, manchegos, gallegos y canarios; por último, el modelo intermedio se localiza en La Rioja, Cantabria, Cataluña, Castilla y León, y Extremadura.

En conclusión, como resume el cuadro 1, hay tres comunidades (Navarra, Baleares y País

Vasco) que siempre emergen como las de ingresos más altos para los mayores, tanto si se toman los ingresos por hogar, los ingresos personales o los procedentes de la pensión de jubilación; y otras tres que ocupan el escalón más bajo: Murcia, Madrid y Andalucía. El resto, las otras once comunidades, basculan entre el modelo medio, el modelo alto e intermedio, o el modelo intermedio y bajo.

Los datos permiten, por tanto, afirmar la existencia de una España rural más o menos próspera, en la que los mayores, en general, disfrutan de una situación económica de cierto desahogo; una España rural más mermada, en la que los mayores viven en condiciones económicas menos desahogadas, y una tercera España rural situada entre las dos. La división norte-sur se dibuja con bastante nitidez. Esta evidencia es de suma importancia de cara a establecer una política de servicios sociales. El acceso de los mayores a los servicios sociales no ha de ser gratuito, pero sí estar condicionado por sus ingresos para, en la medida de lo posible, reducir la desigualdad que podría derivarse de no tener esta variable en cuenta a la hora de organizar la prestación de estos servicios.

#### Mayores rurales y movilidad

Teniendo en cuenta la cultura familiar que prevalece en España, cabría suponer que los mayores rurales, al hacerse dependientes y empezar a notar ciertas carencias, decidieran acogerse a la atención y el cuidado de los hijos. Como muchos de estos últimos emigraron a las ciudades, podría esperarse que los mayores se trasladaran a ellas en busca de la proximidad de sus descendientes. Pero, en contra de esta expectativa, se ha producido más bien el movimiento contrario: los mayores de hoy, emigrados a las ciudades décadas atrás, las abandonan para retornar a los pueblos de origen y pasar allí los últimos años de su vida. Este es un fenómeno relativamente nuevo que se viene constatando desde hace algunos años (García Sanz, 1997, 2000 y 2003) y que el Censo de 2001 ya puso de manifiesto.

Aun cuando los últimos datos censales no permiten analizar el fenómeno en toda su complejidad, sí avanzar algunas aproximaciones. De los mayores que actualmente residen en los pueblos rurales, un 68 por cien ha nacido en el mismo municipio en el que residen, pero otro 32 por cien ha llegado procedente de municipios diferentes al del nacimiento. La movilidad rural ha tenido algo

CUADRO 1

**MODELOS DE INGRESOS DE LOS MAYORES RURALES POR COMUNIDADES AUTÓNOMAS (EUROS ANUALES)**

	<i>Ingresos por hogar</i>	<i>Ingresos por persona</i>	<i>Ingresos de la jubilación</i>
Comunidades "ricas"	Navarra (22.343)	Navarra (9.809)	Navarra (10.041)
	Baleares (20.320)	Baleares (10.836)	Baleares (11.093)
	P. Vasco (18.847)	P. Vasco (9.577)	P. Vasco (10.804)
	Cantabria (18.797)	Cantabria (8.562)	Asturias (9.391)
		Asturias (8.817)	Aragón (9.144)
	Aragón (8.772)		
	Cataluña (18.409)		
Comunidades intermedias	La Rioja (13.983)	La Rioja (7.935)	La Rioja (8.394)
	Asturias (14.640)	Asturias (8.817)	
	Canarias (14.719)		Cantabria (8.689)
		Cataluña (8.147)	Cataluña (8.070)
		Castilla/León (7.633)	Castilla/León (8.012)
	Galicia (14.541)	Galicia (7.234)	
	Aragón (14.648)	Castilla-Mancha (7.252)	
	<b>Media (14.111)</b>	<b>Media (7.723)</b>	<b>Media (8.017)</b>
		C. Valenciana (7.457)	Extremadura (8.226)
		Extremadura (7.405)	
Comunidades "pobres"	Andalucía (11.153)	Andalucía (6.845)	Andalucía (7.130)
	Murcia (12.280)	Murcia (6.036)	Murcia (6.255)
	Madrid (9.026)	Madrid (6.853)	Madrid (6.853)
	C. Valenciana (13.292)		C. Valenciana (7.688)
	Castilla-Mancha (11.499)		Castilla-Mancha (7.694)
	Castilla/ León (12.645)	Canarias (6.357)	Canarias (7.151)
	Extremadura (12.237)		

Fuente: Encuesta de Condiciones de Vida (ECV, 2006) del Instituto Nacional de Estadística ([www.ine.es](http://www.ine.es)).

más de impacto entre las mujeres que entre los hombres, ya que es menor el porcentaje de las que residen en el mismo pueblo en el que han nacido. Esto se debe a que, cuando se han celebrado matrimonios entre jóvenes de distinto pueblo, habitualmente se ha elegido como lugar de residencia el del marido.

Abundando en el tema de la movilidad rural de los mayores, los datos dan respaldo a dos constataciones empíricas: por una parte, en la actualidad abandonan el mundo rural muchos menos mayores que los que lo hacían hace unos años; por otra, en nuestros días vuelven más personas mayores a los pueblos que las que los abandonan. De los más de dos millones de personas mayores que actualmente tienen fijada su residencia en pueblos rurales, algo menos de dos millones también la tenían en el año 1991, pero cerca de 100.000 (un 4 por cien del total) vivían en núcleos

urbanos y se han trasladado a pueblos rurales. Diferente ha sido el movimiento de población desde el mundo rural hacia el urbano. Se contabiliza que este último, el urbano, sólo ha recibido unas 43.000 personas mayores (1 por cien).

Otros datos apuntan en la misma dirección, concretamente los referentes al año de llegada al municipio y la edad a la que se llegó, y los relativos al año de entrada en la vivienda y la edad a la que se entró. En ambos casos, el Censo de 2001 es bastante explícito, relacionando el año de llegada de la población a un determinado municipio, o a la vivienda en la que se reside, y la edad que se cuenta en uno y otro momento. Sobre el primer punto –el año de llegada de los mayores de 65 años a los municipios rurales–, la situación es la siguiente: un 3,5 por cien llegó entre 1996 y 2001 (es decir, entre cero y cinco años antes de que se efectuara el Censo); el 6,6 por cien lo hizo entre el

año 1981 y 1995 (entre seis y 20 años antes); otro 8,5 por cien, entre 20 y 30 años antes, y el resto, aproximadamente cuatro quintas partes (81,1 por cien), confirmó una residencia en los municipios rurales de más de 30 años.

Así pues, la mayor parte de los mayores rurales llevan casi toda la vida residiendo en el pueblo y, por tanto, su vida se ha hallado libre de movilidad residencial. Ahora bien, un porcentaje estimado en un 20 por cien ha llegado a su lugar de residencia actual a lo largo de las últimas décadas. Es probable que un número de estos, los que llegaron varias décadas antes, lo hicieran por motivos laborales o familiares, pero lo es menos que esta sea la causa de los que arribaron en la última o en las dos últimas décadas. Este podría ser el grupo de los denominados "retornados". En el momento de la llegada, este grupo tenía ya más de 45 años, y lo más probable es que se tratase de prejubilados que empezaban a valorar las condiciones de vida de los pueblos. El Censo no dice nada al respecto, pero el contraste de diversas informaciones ofrece verosimilitud a esta hipótesis.

Si en lugar de enfocar la atención sobre el lugar de residencia, se analiza el año en que llegaron a la vivienda, se confirman más o menos las estimaciones. Un 9 por cien de los mayores rurales llegaron a su actual vivienda entre 1996 y 2001, otro 6 por cien lo hizo entre 1991 y 1995, y nada menos que el 15 por cien entre 1981 y 1991. En total, un 30 por cien de las personas mayores que actualmente residen en el mundo rural han cambiado de vivienda; parece probable que la mayor parte lo haya hecho no porque se haya mudado permaneciendo en el mismo núcleo de población, sino porque se haya trasladado de lugar.

En todo caso, hay dos hechos que parecen incuestionables; primero, el aumento considerable de mayores que se trasladan a vivir a los pueblos rurales desde las ciudades, o desde núcleos urbanos; segundo, el saldo netamente positivo resultante al poner en relación los cambios de residencia de los mayores entre el medio urbano y el medio rural.

#### Mayores rurales y vivienda

Entre las circunstancias importantes que han de considerarse en el análisis del envejecimiento rural, además de los recursos económicos y la situación familiar, está la vivienda. Si el objetivo final de las políticas sociales es ayudar a enve-

jecer en casa, es decir, en el propio ambiente en el que se ha desarrollado la propia vida, importan mucho las condiciones de habitabilidad de la vivienda. Su estado y condiciones facilitan, o dificultan, la vida cotidiana del mayor y el proceso de envejecimiento. Desde este punto de vista, no es irrelevante si la vivienda tiene barreras o está adaptada; si reúne las condiciones mínimas de luz, calefacción, servicios sanitarios, etc., o, por el contrario, carece de ellas. Todo ello cobra relieve en la adopción de decisiones sobre el envejecimiento rural y la política de fomentar la permanencia de los mayores en su entorno.

El Censo de Población de 2001 ofrece una cifra de 20,94 millones de viviendas en España, de las que 14,18 millones, es decir, algo más de dos terceras partes son principales. En el mundo rural la cifra de viviendas asciende a 5,8 millones, esto es, el 28 por cien del total, siendo el número de las principales 3,44 millones (59 por cien de las viviendas rurales, y 24 por cien del total de las viviendas principales). Pero los rasgos que interesa subrayar no son los generales, sino los que afectan a las personas mayores. La mayoría de los mayores rurales son propietarios de una vivienda, bien porque la han comprado (63 por cien), bien porque la ha heredado (29 por cien). Apenas hay casos de mayores con viviendas en alquiler (3 por cien). Por otro lado, entre los propietarios, sólo un 3 por cien tenían pendiente, en el momento de recogida de datos para el Censo, algún pago hipotecario.

Centrándonos en las condiciones de habitabilidad, la situación no parece muy halagüeña. Aproximadamente ocho de cada diez mayores viven en viviendas que no están catalogadas como accesibles, superándose este porcentaje en muchos pueblos rurales. Es cierto que la mayoría de viviendas rurales sólo disponen de una o dos alturas, pero carecen, por lo general, de ascensor. Más aún, en torno a un 10 por cien de mayores viven en edificios catalogados como ruinosos, malos o deficientes. Respecto a la dotación de servicios, cerca de un 10 por cien carece de abastecimiento público, y cerca del 20 por cien de alcantarillado. Las condiciones de estos hogares de mayores suelen ser más deficitarias, con peor equipamiento y servicios peor dotados. Afortunadamente, el agua corriente en las casas es prácticamente ya un servicio de acceso universal, si bien muchos hogares de mayores todavía no tienen acceso a la caliente. También casi todos los mayores rurales poseen un aseo, aunque todavía un 2 por cien carece de él. Otro problema muy distinto es en qué condiciones se encuentran estos servi-

cios y su adecuación a las circunstancias de los mayores.

Un déficit cada vez menor, pero todavía notable, reside en la ausencia de tendido telefónico. Si bien en el conjunto de la población sólo un 4 por cien de personas carecen de este servicio, entre los mayores rurales la cifra se triplica, alcanzando entre el 11 y el 12 por cien. La gravedad de esta carencia es más ostensible, habida cuenta de que muchos servicios de atención se dispensan ya telefónicamente.

Todas estas carencias, sobre todo las referidas a la accesibilidad, las barreras y la ausencia de algunos servicios básicos, representan un grave problema para poner en marcha las políticas conducentes a favorecer las decisiones personales de envejecer en casa. Para que este proyecto sea efectivo, es preciso que las viviendas de los mayores estén dotadas de servicios básicos, cuenten con las normas mínimas de movilidad y dispongan de las comunicaciones que hoy resultan inexcusables. De otro modo, el envejecimiento se producirá en condiciones precarias y los costes para las administraciones públicas serán mucho más elevados cuando se vean obligadas a sustituir o suplir las carencias personales o familiares que no ha podido cubrir el entorno familiar.

#### 4. DIFERENCIAS ENTRE LOS MAYORES RURALES Y URBANOS SEGÚN LAS ENCUESTAS

Los datos que aportan diferentes encuestas también marcan notables diferencias entre los mayores rurales y urbanos. Así, por ejemplo, de acuerdo con los datos que arroja la ya citada encuesta sobre condiciones de vida de los mayores que llevó a cabo el CIS en septiembre de 2006, los mayores rurales suelen estar más adaptados al medio en el que viven y muestran un equilibrio mucho mayor entre lo que tienen y lo que necesitan. Se aprecia, en general, un alto grado de satisfacción con la vida en el pueblo, con las condiciones medioambientales, con la ausencia de ruido exterior y con las condiciones de habitabilidad de la vivienda. Quizá han vivido tan mal y con tantas necesidades sin cubrir, que el acceso a mayor confort que ahora se pueden permitir les provoca notable satisfacción; se contentan con lo que tienen porque el pasado fue mucho peor. En este sentido declaran que su residencia habitual está

adaptada a sus necesidades. Lógicamente, las viviendas de los pueblos suelen tener menos barreras que las de la ciudad, aunque en este punto los mayores rurales no suelen ser muy exigentes.

Entre los mayores rurales apenas ha entrado en casa el teléfono móvil, ni internet, como sí lo ha hecho en mayor medida en los hogares de los mayores urbanos. Echan, sin embargo, más en falta los comercios, los servicios de salud y, sobre todo, de transporte público. Quizá por ello, los mayores rurales empiezan a tener tantos coches como los urbanos. Los mayores rurales leen menos, ven más la televisión, oyen menos la radio y suelen salir más de casa. Las mujeres rurales suelen estar más entretenidas con sus trabajos manuales, y los hombres con los encuentros frecuentes en los bares y en la solana, o en la plaza (sobre todo, por las mañanas). La generalización de los hogares de pensionistas ha ampliado las horas de encuentro que tradicionalmente tenían lugar en el bar.

Los contactos de los mayores rurales con familiares residentes en el mismo pueblo son habituales; lo mismo sucede con otras personas de su misma edad y con la gente del pueblo. Todos ellos son encuentros que se producen con normalidad, sin necesidad de establecer citas o forzarlos. En cambio, la asunción de responsabilidades de atención y cuidado a los nietos es mucho menor en el mundo rural que en el urbano (28 por cien lo hacen todos los días frente al 43 por cien de media). Ello es debido a que el porcentaje de mujeres jóvenes que trabajan es menor, y mayor el número de mujeres amas de casa. Los mayores rurales están más alejados de los hijos y de los nietos por la emigración de los primeros, y más cerca de los familiares que tienen su misma edad. Su círculo de amigos es a menudo el de toda la vida; sus relaciones con la iglesia, más frecuentes, sobre todo entre las mujeres.

Los mayores rurales cuentan con un recurso tradicional para la atención del mayor como es la ayuda vecinal. Ahora bien, los vecinos son una ayuda, pero también pueden ser un problema. Ayudan a resolver situaciones de soledad e, incluso, tienen una buena disposición a prestar ayuda mutua, pero también son una fuente de conflicto si las relaciones no son buenas. Si bien es frecuente llevarse bien con ellos, no es raro no hablarse de por vida. A los vecinos se les puede pedir pequeñas acciones que ayudan a paliar las situaciones de dependencia, sobre todo la soledad, pero no que

sustituyan la responsabilidad de los hijos y del Estado.

Por otra parte, aunque tanto los mayores rurales como los urbanos consideran que la jubilación es un merecido descanso, a los primeros les cuesta mucho más adaptarse a ella. De hecho, la mayoría no se jubila “del todo”, si bien, llegado el momento, perciben una pensión. Se observan asimismo diferencias en relación a las situaciones de dependencia y a las respuestas que se ofrecen a estas situaciones. Así, los mayores rurales poseen un menor conocimiento de la Ley de Dependencia y de las ayudas que se pueden solicitar con cargo a esta ley. Muestran, en cambio, una visión más optimista que los urbanos de la salud y manifiestan padecer menos enfermedades. Un porcentaje algo más elevado de mayores rurales sufren problemas respiratorios y diabetes, mientras que los mayores urbanos se hallan más aquejados por problemas de visión y corazón.

Preguntados por las situaciones de dependencia, poniéndoles en la tesitura de “si no pueden hacerlo y necesitan ayuda”, su situación parece ligeramente mejor que la de los mayores urbanos: precisan asistencia para comer el 3 por cien de los mayores rurales, y el 3,6 por cien de los urbanos; para vestirse, el 6,3 por cien de los mayores rurales y el 8 por cien de los urbanos; para asearse, el 6,5 por cien de los mayores rurales y el 7,1 por cien de los urbanos; para levantarse o acostarse, el porcentaje coincide en 5,7, y prácticamente también coincide el grado de dependencia en cuanto a bañarse (en torno a 14 por cien), hacer compras (27 por cien), realizar las tareas domésticas (35 por cien) o administrar el dinero (12 por cien). Sin embargo, la necesidad de ayuda para andar por la calle es mayor entre los mayores urbanos (13,1 por cien frente a 9,8 por cien), como también lo es para hacer gestiones (17,7 por cien frente a 13,6 por cien) e ir al médico (27,3 por cien frente a 26,3 por cien).

En el caso de los mayores rurales, la persona o las personas que les ayudan se circunscriben a su círculo familiar más cercano, sobre todo el cónyuge y los hijos. Apenas se amplía con la presencia de otras personas, como la ayuda a domicilio. Sólo el 10 por cien de los mayores rurales dependientes están atendidos por personas que se encuentran fuera del círculo familiar, mientras que el porcentaje correspondiente asciende a más del 20 por cien entre los mayores urbanos. Quizá por esta cercanía familiar de los cuidadores, los mayores rurales manifiestan un mayor grado de satis-

facción con la atención que reciben. Están satisfechos el 80 por cien de ellos, en tanto que entre los mayores urbanos esta satisfacción ronda el 70 por cien. Estos últimos reclaman mayor presencia de las administraciones públicas en la provisión de servicios. En cambio, los mayores rurales cuentan más con la familia, siguiendo una tradición de prestación de cuidados de la que ellos mismos también participaron atendiendo a sus propios padres.

La misma encuesta de 2006 permite constatar la existencia de un problema ya apuntado en trabajos anteriores: la soledad de los mayores rurales por la noche (García Sanz *et al.* 1997). Durante el día, mal que bien, se sienten acompañados, pero por las noches cada casa es un recinto cerrado y, a veces, la distancia entre casas habitadas provoca temor a no poder comunicar rápidamente alguna situación de urgencia. Los dos temores que más pesan entre los mayores rurales se concretan en la enfermedad y la muerte de la pareja. Lógicamente, estas son perspectivas también temidas por los mayores urbanos, pero en una proporción menor.

Si los principales temores son éstos, los deseos más claros entre los mayores rurales se concretan en emprender un viaje y tener cerca a la familia. Son dos aspiraciones que definen las carencias y los vacíos de su vida. La mayoría apenas ha salido del pueblo y no termina de asimilar la separación de la familia como consecuencia de la emigración.

## 5. MAYORES RURALES Y SERVICIOS SOCIALES

### Cómo se envejecía antes y cómo se envejece ahora en los pueblos

Cuando la esperanza de vida era mucho menor y, con ella, la proporción de personas que llegaban a edades avanzadas, quienes lo conseguían gozaban por lo general de la apreciación, incluso admiración de su entorno. Se les respetaba por haber sobrevivido a penurias y traumas, por su experiencia y su sabiduría; representaban el eje integrador de sus familias, concitaban unidad en torno a su persona. Integrados en sus hogares, rodeados de los suyos, envejecían. Los hijos, varones y, sobre todo, las hijas se ocupaban de distin-

ta manera de las necesidades de los mayores. Las hijas les cuidaban, y los hijos proveían a menudo una parte del sustento y les hacían compañía. El Estado actuaba, en todo caso, en situaciones excepcionales. Había residencias, aunque más bien eran consideradas asilos para “pobres”, es decir, para personas que carecieran de familia. Ingresar en el asilo llevaba consigo un estigma que las familias rehuían.

En nuestros días, el modelo tradicional de envejecimiento en el ámbito rural también ha cambiado notablemente, y lo ha hecho por las profundas transformaciones en las estructuras familiares y sociales de los pueblos. Entre las más importantes de estas transformaciones figura la desestructuración de las familias rurales con la emigración. Muchos mayores se han quedado en el pueblo, pero sus hijos –en no pocas ocasiones, todos– han emigrado. Ha cambiado asimismo profundamente el rol de la mujer con su incorporación al mercado de trabajo. Solo algunas familias pueden hacerse cargo de sus mayores y cuidarlos hasta su fallecimiento. Cuando no sucede así, se recurre a la ayuda a domicilio o a la rotación de los mayores entre los hogares de los hijos. Cuando tampoco estas fórmulas son posibles, la soledad y el abandono son con frecuencia el resultado final.

Si las familias cumplen una labor de prestación de cuidados de suma importancia en medios urbanos, todavía más en rurales. Las respuestas de las administraciones públicas a los problemas de los mayores llegan a menudo tarde, o no llegan, recayendo en la mayoría de los casos sobre los recursos de la propia familia. La teleasistencia, por ejemplo, quizá por tratarse de un instrumento técnico al que no están acostumbrados los mayores rurales, no está tan implantada como en medios urbanos. La ayuda a domicilio se presta a menudo sólo en situaciones extremas y apenas resuelve los casos sin el seguimiento, y aun la participación complementaria, de terceros, normalmente familiares directos. Finalmente, las residencias se utilizan cuando no queda más remedio. Dadas las dificultades para ingresar en residencias públicas, entran en consideración las privadas, pero muchas familias rurales no las pueden costear.

Por dónde debería ir una respuesta adecuada al envejecimiento rural

La asunción de responsabilidad familiar en el cuidado de los mayores rurales es, tanto por razones culturales como de infraestructura, ineludible.

La búsqueda de alternativas al modelo tradicional de protagonismo familiar en el cuidado de los mayores no parece tan prometedora como la articulación de apoyos, incentivos y elementos de dinamización de los servicios de asistencia a las familias. Todavía muchas mujeres de edades intermedias aceptan como una obligación moral esta función de cuidado de los mayores, a la que no se plantean renunciar. Ahora bien, aun reconociendo que sobre las mujeres rurales va a seguir recayendo el grueso de la responsabilidad de la atención al mayor, queda todavía un gran margen para la intervención del Estado y para la colaboración de otros miembros del entorno familiar. Los servicios sociales públicos deben priorizar su intervención en estas mujeres. Desde mejorar su preparación para mejorar la atención hasta la compensación económica o el reconocimiento efectivo de su trabajo a través de la Seguridad Social, pasando por la sustitución temporal para evitar la sobrecarga de los esfuerzos realizados, las administraciones públicas pueden prestar un apoyo muy importante a estas mujeres cuidadoras. Y ello todavía resulta más importante habida cuenta del precario recorrido que, por motivos tanto de orden financiero como de organización, está teniendo la Ley de Dependencia.

Las instituciones estatales han de conocer qué es común y qué específico del envejecimiento en medios rurales, y atender las necesidades de los mayores rurales en colaboración con las familias, asumiendo la corresponsabilidad de su bienestar. Esa corresponsabilidad puede plasmarse en diferentes iniciativas, pero las peculiaridades del envejecimiento rural aconsejan invertir en la formación de las personas que han de cuidar a los mayores; incentivar el envejecimiento en casa con la dotación de una buena ayuda a domicilio, bien contratando a profesionales, bien incentivando económicamente a personas vinculadas con los mayores afectados. Asimismo, la intervención de las instituciones se hace necesaria para proveer recursos que cubran las deficiencias que se pueden originar con el paso del tiempo y con las situaciones de dependencia. Las cuestiones de adecuación de los servicios y prestaciones no pueden verse desplazadas por las de orden puramente económico-financiero.

En definitiva, las respuestas más prometedoras a los problemas derivados del envejecimiento en los pueblos consisten en combinar recursos familiares y públicos. Desde esta perspectiva, los centros polivalentes pueden representar una fórmula interesante netamente rural, que podría implantarse en muchos pueblos con financiación

mixta; centros, cuya dimensión y servicios se ajustaran flexiblemente a las características del pueblo y de sus mayores, especializados en la atención de día, y con algunas plazas de residencia, que pudieran cubrir la mayor parte de las demandas de las personas mayores en el tránsito de independientes a dependientes y una vez ya dependientes. Podrían actuar también como institución residencial, pero manteniéndose prioritariamente orientados a atender la demanda de los mayores de la propia localidad. Los servicios de estos centros deberían programarse de manera realista –es decir, teniendo en cuenta los recursos económicos y sociales de que se dispone– en función de los problemas detectados en el municipio y de las soluciones propuestas por los propios mayores.

Los centros polivalentes podrían representar una fórmula adecuada de dar el salto del envejecimiento en familia al envejecimiento en el pueblo, en la comunidad rural, aprovechando todos los recursos disponibles, en particular, los comunitarios; esto es, tanto los recursos sociales como económicos que se generan en el ámbito de la comunidad rural. Convenientemente articulada, una respuesta semejante estaría en línea con el futuro de los servicios sociales que tienden hacia la profesionalización de la atención, pero sin desvincularse de la familia y de la propia comunidad. Una profesionalización que, por otra parte, ha de entenderse más desde el punto de vista de los contenidos que de los encajes institucionales; es decir, como la condición para prestar atención a los mayores con unos conocimientos y una preparación suficientes, evitando así que, a la larga, con el agotamiento y la falta de recursos de diverso tipo se resienta la calidad de los cuidados, con efectos negativos tanto para la persona atendida como para la persona que atiende.

## BIBLIOGRAFÍA

ALBERDI, I. (1999), *La nueva familia española*, Madrid, Taurus.

BAZO ROYO, M.T. y B. GARCÍA SANZ (2004), *Envejecimiento y sociedad. Una perspectiva internacional*, Buenos Aires, Editorial Médica Panamericana.

GARCÍA SANZ, B. (1997), *La sociedad rural ante el siglo XXI*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

– (1998a), “Los mayores y el mundo rural”, *Documentación social*, 112: 97-108.

– (1998b), “Ahorro de los mayores y servicios sociales en el mundo rural”, *Cuadernos de Información económica*, 135.

– (1999), “Mundo rural, envejecimiento y servicios sociales”, *Papeles y memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, V (junio): 43-109.

– (2000), *La sociedad rural en Castilla y León ante el próximo siglo*, Valladolid, Junta de Castilla y León (2ª edición, actualizada y revisada).

– (2001), “La actividad de los mayores”, en: MIGUEL, A. DE (Coord.), *Los mayores activos*, Madrid, Secot: 141-166.

– (2003), *Sociedad rural y desarrollo*, Madrid, Ministerio de Agricultura Pesca y Alimentación.

– (Coord.), MARTÍNEZ PARICIO, J.; SACO, A. y M. GAITERO (1997), *Envejecimiento en el mundo rural: problemas y soluciones*, Madrid, IMSERSO.

– y SACO, A. (1997), “Envejecimiento en la sociedad rural: modelos y contrastes territoriales”, *Revista de Gerontología*, 7, 1: 38-42.

– y MARTÍNEZ PARICIO J. (2005), “Demografía de la vejez”, en: BAZO, T. y B. GARCÍA, *Envejecimiento y sociedad: Una perspectiva internacional*, Madrid, Sociedad española de Geriátrica y Gerontología (2ª edición revisada y ampliada).

PÉREZ-DÍAZ V. y J. C. RODRÍGUEZ (2007), *La generación de la transición: entre el trabajo y la jubilación*, Barcelona, La Caixa.

PÉREZ-DÍAZ, V.; ÁLVAREZ-MIRANDA, B. y E. CHULIÁ (1999), *Familia y sistema de bienestar: La experiencia española con el paro, las pensiones, la sanidad y la educación*, Madrid, Fundación Argenta-ria-Visor.

IGLESIAS DE USSEL, J. (2005), “¿Qué pasa con la familia en España?”, *Cuadernos FAES de pensamiento político*, 7: 39-61.